

"¿Qué fue de tanta invención...?"

Primero fue en el Museo de Arte Decorativo (y en pocos lugares, como allí, los sonidos se encontraron más en su casa, al enroscarse en los artonados del inmenso vestibulo renacentista). Después se enfrentaron con el oro y el rojo del Colón, y el entusiasmo del público casi arrasó todo precedente en los 58 años de vida de la sala. Y, en ambos recintos, una sola triunfadora absoluta: la música.

Porque Buenos Aires conoció, la semana última, a un racimo de cantantes e instrumentistas norteamericanos que, desde 1952, sólo recrean las notas "escritas antes del nacimiento de Johann Sebastian Bach". Este homenaje al tesoro musical de la Edad Media y el Renacimiento ("llegamos hasta los albores del barroco, Schutz y Monteverdi") acumula dificultades que el director de *New York Pro Musica*, Noah Greenberg, reconoce en su conversación con Primera Plana. "Ante todo, los signos de las partituras antiguas son distintos de los de hoy, y carecen de detalles tales como cantidad de voces, matices, *tempo*, dinámica, tipo de instrumentos." Es la cultura musical de Greenberg y sus compañeros (seis cantantes y cuatro instrumentistas), junto con una afinada intuición, la que les permite salvar esos escollos.

Uno de los auxiliares más inesperados es la iconografía de la época. "Razón tenía Manuel de Falla —memora Green-



Todo Pro Musica, menos uno; a la derecha, Greenberg.

berg— cuando, frente a una tabla del Angélico con querubines músicos, observó que tres trompetas y una *viola da gamba* no podían equilibrar armónicamente el sonido, por la preponderancia de los metales." Pero *Pro Musica* sí puede equilibrar lo arcaico con lo más actual: no pocas de sus partituras están condensadas en microfilms, única manera de arrancarlas al anonimato de bibliotecas, museos y archivos privados. "A veces, musicólogos como Hugo Riemann las han rescatado en precisas antologías, que utilizamos; pero jamás recurrimos a versiones actualizadas por compositores modernos, porque les ponen un sello demasiado personal, o las vulgarizan en exceso."

Después de regocijarse ante la observación de que su apellido equivale al del italiano Monteverdi ("No se me había ocurrido"), Greenberg pinta otra de las preocupaciones del grupo: la obtención de instrumentos adecuados. *Pro Musica* tiene una colección de cerca de 8 mil instrumentos, algunos de ellos originales. "Pero muchos otros los hemos mandado hacer contemporáneamente, sobre la base de los diseños que nos proporciona nuestro rastreo en grabados y pinturas."

Aunque *Pro Musica* canta textos españoles, lo hace sólo fonéticamente. Hay una excepción: el bajo Brayton Lewis, quien, en un aparte de la reunión ofrecida por el Mozarteum Argentino (que trajo al conjunto), informó a Primera Plana: "Aquí he perfeccionado mi escaso castellano, con la lectura de la revista *Pato Donald*: las figuritas me sirven para aclararme las palabras." ♦

54

QUE ES EL "DISQUITO"

FRAVEGA



TAMAÑO NATURAL

Un disquito de plástico, de 5 cms. de diámetro, que le entregan gratis en nuestras sucursales, y lo identifican numéricamente como Discómano **FRAVEGA**.

Con sólo presentarlo le hacen un **DESCUENTO ADICIONAL** (sobre un precio ya muy rebajado), en cada disco que compre. **APROVECHELO!**



SI AUN NO LO TIENE, PIDALO EN LAS SUCURSALES FRAVEGA

BME. MITRE ESQ. MAIPU • CABILDO ESQ. MENDOZA
SANTA FE ESQ. URIBURU • CORRIENTES 3883
RIVADAVIA 6426 • RIVADAVIA 11626 • AV. MITRE 378 - AVELLANEDA

NOVEDADES DE JULIO

LOS SALVADORES DE LA PATRIA

Silvina Bullrich

Una novela de dramático humor que continúa la serie iniciada en *LOS BURGUESES* y que es un lúcido análisis del mundo político argentino.

Un volumen de 150 págs., Colección Novelistas Latinoamericanos, \$ 210.—.

LA FUGA DE LOS INOCENTES

Lin Yutang

El éxodo contemporáneo de las familias chinas que van en busca de un mundo mejor, huyendo de un mundo que ha perdido sus tradiciones y costumbres.

Un volumen de 316 págs., Colección Horizonte, \$ 340.—.

EDITORIAL SUDAMERICANA

Humberto 1º 545

Buenos Aires

Los alquimistas del sonido

Una señora madura entró resueltamente en aquel comercio de discos de la calle Florida y le disparó al vendedor su reclamo: "Vengo a devolver este disco porque en el segundo movimiento del concierto el solista de violín desafina." Respetuosamente, y luego de ser escuchado en un aparato de alta fidelidad, se trató de convencer a la indignada cliente que la falla no existía. "Ya sabía que me contestarían eso, pero un amigo mío compró esta misma grabación y no tiene ese defecto", contraatacó ella. El vendedor se hundió en el asombro cuando la señora le explicó que, lógicamente, el concertista debía fatigarse luego de interpretar varias decenas de veces la misma obra, y que mal podría exigirsele que cada disco fuera exactamente igual a otro.

Anécdotas similares, más o menos fúnebras, se repiten a diario en las *disquerías*. La semana pasada, Primera Plana comprobó que es muy escaso el número de discófilos que conoce el camino que recorre el sonido, desde que es emitido por un instrumento, o la voz humana, hasta que resucita por el parlante del combinado.

¿Ingeniero en música?

Los adelantos de la técnica determinaron que el papel desempeñado por los especialistas en electrónica creciera en importancia, hasta colocarse a la par de los asesores musicales. "Si bien nuestros conocimientos musicales pueden no ser completos, el contacto permanente con sonidos educa el oído más rebelde", confirmó Néstor Gilardón, técnico de grabación en CBS, filial argentina de la Columbia Broadcasting System, de USA. Gilardón (34 años, casado) tiene una experiencia de diez años en la profesión, y hace cuatro que trabaja en CBS. "Contamos con equipos idénticos a los que se utilizan en los Estados Unidos, y el resultado es de igual calidad."

El trabajo del técnico comienza en la preparación de la sala donde habrá de grabarse. Debe distribuir los micrófonos de acuerdo con la cantidad de músicos y con la característica de cada instrumento. La sala debe ser *seca*, con paredes y techo que no reflejen el sonido, para evitar efectos acústicos no deseados. "Sólo entonces se graba. Desde la cabina de control manejamos el volumen y demás aspectos sónicos, para obtener la necesaria homogeneidad." Mientras Gilardón explica estos detalles, un grupo de jóvenes *twisteros* acomete, una y otra vez, la misma melodía, en busca de la perfección, algo que no sólo catalogan los intérpretes; también el técnico, el asesor musical y el director artístico de la grabadora.

Algunos instrumentos que poseen timbres de por sí débiles necesitan un tratamiento especial; el micrófono que los capta envía el sonido a una cámara de resonancia, donde adquiere amplitud, antes de quedar registrado, jun-

to a los demás, en la cinta magnetofónica. Ya es un lugar común considerar a la cinta como el implemento que ha revolucionado la industria del disco. "Ella nos permite realizar algunos procesos que los profanos consideran cosa de magia —apunta el técnico—, tales como agregar la voz del cantante a la música ya impresa o corregir una parte de la ejecución que no nos conforma, hasta substituir una nota que ha sido pifiada."

La suma de estas alquimias queda fijada en la cinta, que pasa luego a una sala de compaginación, donde se trata de lograr el mejor equilibrio de las distintas secciones —voz, ritmo, melodía—. A partir de allí, el proceso deja de ser magnético para convertirse en mecánico; el sonido es transmitido de la cinta a una máquina que se encarga de estampar surcos en un disco de acetato. La diferencia entre un monoaural y un estereofónico está en que, en este último, ambas paredes del surco han sido impresas, y al ser estimuladas por las vibraciones de la púa se obtiene un efecto distinto para cada canal.

El bizcocho misterioso

Junto con CBS —cuyas instalaciones utiliza también Philips—, sólo RCA Victor y Odeón poseen fábrica propia donde prensar sus discos, esto es, obtener copias de una misma grabación. Media docena de empresas se dedican exclusivamente al prensado. El procedimiento es similar en todas ellas, pero difiere fundamentalmente en los resultados, de acuerdo con la calidad de los equipos y materias primas empleadas. El disco de acetato, hendido por cientos de surcos, es sometido a un proceso electrolítico (que dura entre 5 y 6 horas), del que se obtiene una delgada lámina de níquel y cobre, llamada *padre*, y a partir de éste, otro disco laminado llamado *madre*. Como es su función natural, la *madre* da a luz varios hijos, los *stampers*, que serán los que, finalmente, se utilicen para realizar el prensado en serie. Los *stampers*, uno por cada cara del disco, son ajustados a un molde, y sobre ellos se colocan las etiquetas y un *bizcocho* de la pasta, que constituye la materia prima. Un peso de cien toneladas se encarga, luego, de apisonar los bizcochos, a razón de uno por minuto, y moldear los flexibles discos.

La pretensión de averiguar qué ingredientes componen la pasta —además de las resinas sintéticas y el negro de humo—, o en qué proporción se encuentran mezclados, es tan ardua como robar secretos de Estado. Cada empresa oculta con ferocidad su propia fórmula y, por constituir el proceso final de elaboración, finca en ella sus mayores exigencias de calidad.

"La calidad de los discos nacionales es bastante buena comparada con la de otros países del continente, e incluso con los Estados Unidos", afirma Julio Epstein, director fundador del Club Internacional del Disco (CID) y vinculado a esta industria desde sus comienzos en el país. Pero advierte, también, que son tan buenos como caros: "La razón es muy simple: se editan pocas unidades, y entonces los costos inciden abrumadoramente sobre el precio de la unidad." Epstein está convencido de que la Argentina tiene un mercado potencial enorme para el con-



Quirómano musical: Cosa de magia.

sumo de discos, pero que nadie se ha preocupado por hacer un estudio sobre ese mercado. "Se subestima el nivel cultural del público, y por eso nuestros catálogos están saturados de las mismas obras. ¿Cómo se explica que haya ocho versiones distintas de los Conciertos Brandenbúrgueses, de Bach, y quince del concierto El Emperador, de Beethoven?"

El director del CID cree que, en materia de comercialización de discos, se recorre un círculo vicioso: son caros porque se hacen pocas copias, se vende poco porque los precios se elevan al infinito. "Hay que educar al comprador para que aprenda no sólo a comprar, sino también a conservar sus discos. Frecuentemente tropezamos con casos como el de un señor que la semana pasada vino a devolver un disco, y conversando con él nos enteramos que en diez años de uso no había cambiado nunca la púa de su aparato." Epstein calcula que el optimista cliente tomó al pie de la letra la denominación de *permanente* de su púa, sin advertir que se llama así para diferenciarla de las antiguas, que debían cambiarse luego de escuchar cada disco. Las "eternas" duran apenas 60 horas —las de zafiro—, y alrededor de 1.000, las de diamante. ♦

Discos X

Mientras yo agonizo

Conciertos para piano y orquesta de Edward Grieg y Robert Schumann, por Dinu Lipati (CBS 4369).

Un urgente llamado telefónico desde París cubrió de nubes la tranquila mañana de verano en el pueblito pirenaico de Prades, durante el festival de 1950. La voz del ejecutivo de la grabadora, *Pathé Marconi*, ordenó nerviosamente un cambio de ruta para los equipos de alta fidelidad: en vez de regresar a París —después de haber grabado minuciosamente los detalles del Festival Pablo Casals— debían acudir sin demoras a Ginebra.

Había razones para ese apremio: en la ciudad del lago, se consumía vertiginosamente la vida de uno de los mayores pianistas del siglo. A los 33 años, el rumano Dinu Lipati había sido desahuciado por los médicos, que no le otorgaban más de algunas semanas de vida.

Casi en los comienzos de su carrera internacional, Lipati apenas había frecuentado los estudios de grabación: su acelerada enfermedad ponía en peligro de pérdida definitiva todo el caudal interpretativo que llevaba consigo.

Acuciados por la desgracia, los directores de Pathé tomaron una decisión casi inhumana: conseguir que Lipati destinase los días que le quedaban a grabar, prácticamente sin pausas. El experimento se realizó en los estudios de Radio Ginebra (a un costo de 18 libras esterlinas por día, en dosis de cortisona, que el artista debía asimilar para mantenerse lúcido): los amigos de Lipati (el director Charles Munch, el violinista Yehudi Menuhin) pagaron de su bolsillo el elevado costo de la droga. Pocos momentos tan patéticos —quizá en toda la historia del arte— como los que este rumano disputó a la muerte, para permanecer.

Algunos años antes del sacrificio, el pianista había tenido un contacto espectacular con el disco: descubierto por el creador de la *London Philharmonic Orchestra* (el magnate Walter Legge), tuvo ese poderoso monumento sinfónico a su disposición para grabar los conciertos para piano y orquesta de Grieg y de Schumann. Al aporte orquestal, se sumaron en el podio las batutas del italiano Alceo Galliera y del vienés Herbert von Karajan.

Todo este resumen antológico es el que ahora brinda en Buenos Aires una reciente placa de la CBS. Alabar la calidad de cada uno de los integrantes de la antología sería superfluo. Escucharlo, podría servir, en todo caso, para justificar a los que exigieron de Lipati la desesperada entrega de su agonia. ♦

RECORDS

CLASICOS

Adagio para órgano, Sonata, y tres Conciertos, de Tommaso Albinoni, por I Musici (Philips).

La música de Horowitz, con obras de Scriabin, Schubert, Schumann y Scarlatti, por Wladimir Horowitz (CBS).

Réquiem de guerra, de Britten, por la Orquesta Sinfónica de Londres dirigida por Benjamin Britten (Angel).

JAZZ

Bix Beiderbecke, por BB (Odeón).
Spirituals To Swing, por Basie, Goodman, Young y otros (CID-Vanguard).

Internacional, por Bert Kaempfert (Polydor).

MISCELANEA

Adorable francesita, por Sylvie Vartan (Victor).

Triunfador en el Festival de San Remo 1965, por Bobby Solo (CBS).

Joan Báz In Concert, por Joan Báz en canto y guitarra (Vanguard).

• *Casas consultadas*: Breyer, Casa América, Club Internacional del Disco, Iriberri, Lottermoser, Neumann, Night and Day, Piscitelli, Ricordi y Romero & Fernández. ♦

Escritores

Todos son judíos, menos uno

"No ha lugar —sentenció el juez, Rouanet de Vigne-Lavit—. Únicamente debe suprimirse el pasaje de la página 51, donde se sugiere que el barón Edmond de Rothschild es el hijo ilegítimo de un mayordomo italiano que servía a su familia." Y así, en 24 horas, la justicia francesa rechazó la demanda de los Rothschild por difamación, contra el último libro de Roger Peyrefitte (58 años), *Les Juifs* (Los judíos); y la venta de ejemplares acumuló cifras retumbantes. No es para menos: después de sus escandalosas compulsas de los jesuitas (*Las amistades particulares*, 1944), el servicio diplomático (*Las embajadas* y *El fin de las embajadas*), la Santa Sede (*Las llaves de San Pedro*), las órdenes religioso-militares (*Los caballeros de Malta*) y la masonería (*Los hijos de la luz*), Peyrefitte ha hecho la autopsia de los Rothschild, instalándolos, bajo el áureo nombre de Goldschild, como el paradigma del judaísmo en Francia.

Los grandes y los otros

La tesis de *Les Juifs* es de un candor demoníaco: si se demuestra que la mayoría de la población de Occidente es de origen hebreo, inmediatamente el problema judío cesa de existir. Pero hay múltiples modos de arribar a esa conclusión, y Peyrefitte elige, como le es habitual, el que puede incomodar al mayor número de gente. Por un lado, afirma que casi todos los grandes de este mundo son de ascendencia semita: los presidentes Kennedy y Johnson, el general de Gaulle (quien durante una visita a Alemania recordó a un antepasado germano de apellido Kolb), el canciller Adenauer, las familias reales de Inglaterra y de Suecia, el conde de París, Fidel Castro, Francisco Franco y el dictador portugués Oliveira Salazar.

Por otro lado, derrumba sobre el lector la máxima recopilación de datos acerca de usos y costumbres de los judíos: y, al erigir esa antología de arcaísmos y de prácticas que hoy nadie ejercita (y que los propios judíos consultados después de la publicación ni siquiera recuerdan), el maligno ex diplomático refuerza los prejuicios comunes y realza la imagen de los judíos como esa tribu extraña, que "no es como nosotros". De ahí al odio irracional que está en la base de todos los *progroms* no hay más que un paso; y Peyrefitte lo da con desenvoltura, sin dejar de autoabsolverse de la mácula hebraica.

Porque su héroe acostumbrado, Georges de Sarre (su máscara: un ex diplomático, sexualmente ambiguo y maniático *voyeur* de las existencias ajenas, a las que diseca en miles de prolijas fichas), es el único ario puro de un texto que difícilmente puede considerarse novelesco. Jean-François Revel, en su indignada nota del semanario



Voyeur Peyrefitte: Diabólico.

L'Express, señala: "No se termina más con esas conversaciones ficticias, en las que el autor desparrama sus fichas, al hacer dialogar a dos personajes, como dos locutores que leen un boletín informativo, alternándose en las frases."

Todavía hay jueces

Pero los lectores se preocuparán poco de la intriga que se anuda alrededor del casamiento del barón Saúl de Goldschild con la católica Osmonda. Tienen materia para divertirse con las revelaciones que Peyrefitte arroja sobre la conducta privada de los disfrazados Rothschild, como el deleite del viejo Maurice al contemplar a las señoras de buena sociedad que se precipitaban sobre las joyas que él, por capricho, dejaba caer en los suntuosos pavimentos de su palacio, en el transcurso de las recepciones. O la repulsiva orfandad a que es sometida Osmonda por su familia política, antes del matrimonio, según los ritos prenupciales que el autor atribuye a los judíos.

Hay más aún: el libro se explaya abundantemente sobre los más clásicos temas antisemitas. La avidez financiera se muestra en los sórdidos peculados a que se dedican los judíos internados en un campo de concentración, en perjuicio unos de otros; en la página 104 se confirma la alianza judeo-masona; y únicamente el atlético barón Saúl tiene el perfil griego, entre un mar de narices ganchudas, para justificar las preferencias de la púdica Osmonda. Tampoco falta, como corresponde al desenfadado autor de *La naturaleza del príncipe*, una minuciosa escena de circuncisión.

"¡Bravo, bravo! ¡Todavía hay jueces en Francia!", se dice que clamó Peyrefitte, presente en la sala del tribunal cuando el magistrado impartió su sentencia. Una ebullición muy comprensible, si se piensa en el impacto favorable que este pequeño escándalo tuvo sobre las ventas del libro. Sin embargo, si en *Las embajadas* y *Las llaves de San Pedro* había escenas divertidas, "el tedio que baña a *Les Juifs* —sugiere Revel— bastaría para que el lector se volviera antisemita". ♦